

hacerse ingeniero y así pasó ejerciendo después su profesión durante cuarenta años con toda felicidad, por la buena base que le puso su inolvidable D. Diego, elevándolo al primer puesto de la escuela.

Ser ingeniero y manchego son los dos orgullos mayores de este hombre admirable que tampoco estuvo remiso para labrarse el otro pilar fundamental de la vida, el del matrimonio, pues le pasó lo que a Sagasta, que también era ingeniero, que tuvo que raptar a la novia para hacerla suya, aunque D. Mariano la atrapó un poco antes, al salir un día de la iglesia y no como D. Práxedes, cuando se formaba ya el cortejo nupcial en el rellano de la escalera de la novia, para que se la llevara el otro.

Cuesta trabajo entender esto ahora, pero la verdad es que la oposición de los padres era tan cerrada y los impedimentos para relacionarse tan seve-

ros que, más o menos, todo el mundo tenía que recurrir a alguna estratagema para lograr sus aspiraciones y D. Mariano la urdió buena en Valladolid, donde conoció a su Pilar en la calle de Santiago. El padre, ingeniero también, se reíría del manchego que a los 32 años todavía no lo era y tuvo que atraparla a la salida de la novena, auxiliado por tres amigos que estaban en el ajo, como él estaba seguro del amor de la moza, conduciéndose todo tan correctamente después que desembocó en una felicidad que duró treinta y ocho años.

D. Mariano añora La Mancha, su cuna y se deleita cotejando en los libros los apellidos que le son familiares, dice: Cenjor, Roperero, Manzaneque, Castellanos, Camacho y "Correillas", que era el que le seguía en la escuela de Galiana.

Su generosidad es tanta que ha dedicado a esta obra y a mí personalmente los mayores elogios en la prensa de León de la que es prestigioso y asiduo colaborador desde hace muchos años.

¡Qué dicha la mía al poder mantener viva la llama de la ilusión en un hombre tan excepcional!

OCURRENCIAS

Dicen que D. Oliverio jugaba mucho a la lotería y se recuerda que le tocó el gordo más de una vez.

Sin embargo quien estaba cerca de él no vió nunca billetes de lotería por ninguna parte, pero sí se sabe que en vísperas de Navidad mandaba a Baldomero a comprar lotería entre los revendedores de última hora sin reparar en la prima, tal vez por considerar más propicia la suerte así rebuscada. Es un aliciente acuciante para los que gustan de confiar en el azar.

Antonio Bolecas le decía a la Lorenza la "Alicata", su mujer, que no le echara agua al vino. A él le gustaba dar el vino puro cuando tenían ramo y ella decía que en su casa todos estaban bautizados y no quería vender el vino moro. Cuando les tocaba a los amigos en su casa preparaba con antelación una bombona de lo mejor que tenía en la bodega y la dejaba debajo del mostrador encargándole a la mujer que no tocara la garrafa. Pero ella no dejó nunca de echarle el agua correspondiente para mantener su tipo único en el camino de Valcargao.